

EL PÚBLICO Y EL CLIMA DEL FESTIVAL

GRANADA 30. [Crónica telefónica de nuestro crítico musical]. Ahora, cuando ya se anuncian las últimas jornadas del Festival, a punto de cerrar la serie de crónicas en que me propuse recoger las informaciones más salientes, quiero, sin nombres ni referencias concretos, dedicar una cita cordialísima de homenaje a los grupos que sostienen con su adhesión y presencia el feliz curso de todos los programas; no ya de los multitudinarios y los anunciados con signos sensacionalistas. Un sector granadino espléndido, que brinda constantes lecciones de hospitalidad, entrega y sacrificio en la mejor atención del forastero, al tiempo que demuestra una sensibilidad fuera de lo común en cuestiones de arte. Luego, Madrid, muy en cabeza, con un apretado y magnífico grupo de la mejor sociedad, cuya presencia da tono y es garantía de que el artista tendrá, como impagables cortejos de su actuación, el calor

inteligente y la atmósfera más propicia que pueda soñar. Después, siempre en cabeza de nuestras provincias, la filarmónica bilbaína, cuya insaciabilidad en cuestiones musicales fuerza permanentes vigilias en busca de conciertos o ensayos. Por fin, el sector entusiasta de las "Juventudes Musicales Madrileñas", con un refuerzo tangerino tan limitado en número como importante por la vibración; algunos universitarios, con voces, si no, quizás, timbradas como las del Orfeón Donostiarra, sí, en cambio, potentes, generosísimas y a prueba de alardes en el ¡bravo! nuestro de cada hora. Cuando llegaba hasta el recinto de la Alhambra el autobús de estos intrépidos buscadores de emociones sonoras, hasta los más tibios parecían contagiarse del fervor. Madrileños y bilbaínos, más o menos jóvenes, grupo que decididamente lo es hasta en el título, granadinos sensibles, si más o menos implicados en

la organización, seguros de lo que representa para su ciudad, formaron la base de un público en general –y pese al inmoderado empleo de abanicos– mucho más firme que otros años en el camino del respeto musical.

He de resumir algunos programas. El de órgano en la Catedral, que tuvo a Ramón Amezúa de protagonista, movilizó miles de oyentes. En otras oportunidades me referí a la sensibilidad de este artista, de muy fino criterio musical. Su esfuerzo no pudo lucir, por culpa de un instrumento cuyo pasado no dudo que fué glorioso, mas en el presente acusa las huellas del tiempo y no reúne las mínimas condiciones que justifiquen su empleo en conciertos de responsabilidad. Lo más destacable, el aspecto mismo de la prodigiosa Catedral.

La Orquesta Scarlatti se ha despedido con brillantez. Paisiello, Vivaldi, Lulli, Mozart y Mendelssohn firmaban las obras del programa último. En general, puede afirmarse la bondad de este conjunto italiano que acusa las características de su maestro, Franco Caracciolo: sobriedad, corrección de estilo, empaste, claridad un tanto ayuna de emoción.

Mejor el todo que alguna individualidad –el concertino posee una calidad muy relativa–, lo que más destaca es la redondez con el grupo de viento, entonado y preciso, y la sensación de trabajo eficaz que la orquesta demuestra. Fue despedida con grandes ovaciones.

También las cosechó Joaquín Achúcarro en su recital, integrado por páginas de Bach, Chopín, Prokofieff, Debussy y Albéniz. Escuché sólo una segunda parte, en que Achúcarro lució dos virtudes fundamentales para un concertista joven: sonido y seriedad. Buen toque de piano, limpio de estridencias y exacto de relieves y concepto firme, que impide veleidades, alardes y detalles de mal gusto. El tiempo dará una mayor amplitud expresiva –la contención a su edad es meritoria– y centrará nervios que no son sino consecuencia lógica de su ejemplar sentido de la responsabilidad, pero que no impiden triunfos como el de esta tarde en que, sin excederse en la generosidad, hubo de atender a las generales demandas y tocar tres páginas fuera de programa, en tanto el conde de Superunda, su “abuelo” espiritual, volcaba su ilusión recogéndola en verdaderos rosa-

rios de ¡bravos! Lo mejor, los preludios debussyanos, dichos con auténtica fineza poética.

He dejado para el final la referencia sobre el maravilloso concierto con que nos dijo adiós la Orquesta Nacional. En primer término, porque el “Concierto para violín”, de Beethoven, alcanzó una de esas versiones que tardan años, lustros, en producirse. Zino Francescatti fué el solista. La técnica magnífica –asombro de unos trinos con brillo de perlas–, la dicción expresiva, el nervio y la perfección, quedan, pienso, anulados con ser tan valiosos ante el prodigio de un sonido enorme, redondo y cálido, penetrante y dulcísimo. Acompañado con extraordinaria sensibilidad, él y la Orquesta Argenta formaron un todo ante el que no cabe sino el asombro y, claro, el entusiasmo que forjó el regalo de un fragmento de Bach. Antes, una deliciosa reproducción de la “Gruta de Fingal”. Luego, el broche luminoso del “Dafnis”, tan bien tocado y dirigido con el acierto de las grandes solemnidades. En medio, un estreno de Oscar Esplá:

“La pájara pinta”, serie de ilustraciones para un cuento en que el tema popular se mezcla con el original y al todo lo anima el músico, lo transfigura con una instrumentación maestra, rica en timbres, original de procedimientos, personalísima, hasta el punto de que la obra menor cobra envergadura que justifica el homenaje del público a su autor. Homenaje multiplicado al final del concierto. Se despedían la Orquesta Nacional y Argenta. Los aplausos, las ovaciones premiaban, sí, la actuación concreta, pero también las cinco del Festival y hasta, si se me apura, el concurso inestimable que año tras año prestan director e instrumentistas a unas jornadas para las que ellos son primera razón de excelencia. Y hubo no sólo admiración, cariño también palpable. Correspondido. Porque, entre un criterio entusiasta y al margen de la fatiga bien justificada, los artistas nos regalaron la danza final de “El sombrero de tres picos”. Con lo que el ciclo sinfónico tuvo rúbrica triunfal de música española.- Antonio FERNÁNDEZ-CID.